

# *De hispanófilo a hispanista. La construcción de una comunidad profesional en Gran Bretaña\**

*Luis G. Martínez del Campo*  
Universidad de Zaragoza

*Resumen:* Este trabajo reflexiona sobre los orígenes del hispanismo en Gran Bretaña. Por eso, trata de explicar cómo algunos eruditos de esa isla convirtieron su afición por la literatura y la cultura españolas en una profesión durante la época victoriana. La progresiva introducción de la enseñanza del español en las universidades británicas y la consiguiente institucionalización de los estudios hispánicos fueron elementos fundamentales en este proceso de metamorfosis. En definitiva, este texto aspira a historiar la construcción de una comunidad de hispanistas en Albión.

*Palabras clave:* hispanista, hispanófilo, profesionalización, Gran Bretaña y enseñanza del español.

*Abstract:* This paper focuses on the origin of British hispanism. The idea is to explain how some British scholars who were interested in Spanish culture became professional hispanists. My research points out the links between the introduction of Spanish teaching at British universities and the emergence of scholars specializing in Hispanic studies in Great Britain at the end of the Nineteenth Century. To sum up, this work is a brief history of the first British hispanists.

*Keywords:* hispanist, Great Britain, hispanophile, professionalization, and Spanish teaching.

---

\* Este texto obtuvo el Premio de Jóvenes Investigadores de la Asociación de Historia Contemporánea en su XIV edición, año 2013. Una primera versión de este trabajo fue defendida en el First International Symposium of the Nineteenth Century Hispanists Network, que se celebró en Glasgow en mayo de 2011. Quiero agradecer a los miembros de esta red las valiosas observaciones que hicieron sobre mi investigación.

«Si bien es cierto que los académicos en general han hecho poco por teorizar sobre la naturaleza de su trabajo o sobre el papel que desempeñan en la sociedad, los hispanistas han sido especialmente reacios a comprometerse con cualquier forma de autocrítica».

Malcolm K. READ<sup>1</sup>

A mediados del siglo XVIII, en la recién fundada Real Academia de la Historia española, se mantuvo un curioso debate para determinar el nombre del primer monarca goda que reinó en Hispania. En esta controversia participaron destacados miembros de la corporación, tales como Francisco Javier de la Huerta o su primer director Agustín de Montiano. Tras distintas propuestas, la tesis que se impuso fue la del académico Ignacio Luzán, quien en varios escritos sostuvo que Ataúlfo era el primero de estos reyes. Más allá del resultado, la polémica puso de manifiesto el interés de estos ilustrados por delimitar el ámbito de estudio del que iban a ser «guardianes»: la historia de España<sup>2</sup>.

Aunque nuestra búsqueda se inspira en ese intento de Luzán por escribir el principio de una historia, este texto no persigue coronar a nadie y, en realidad, se ocupa de una pluralidad de personas e instituciones. Más bien, el objetivo del presente trabajo consiste en reflexionar sobre los orígenes del hispanismo y, en particular, acerca de la génesis de su variante británica. Para ello, partimos de un análisis diacrónico del concepto de hispanista que nos permita describir sus características propias y cuestionar algunos rasgos que el tiempo le ha atribuido. Una vez delimitado nuestro objeto de estudio, aspiramos a explicar la metamorfosis que, en Gran Bretaña, llevó a algunos eruditos de un acercamiento circunstancial y lúdico a la cultura hispánica a un cultivo profesional de estos temas durante la época victoriana. Eso sí, siguiendo las aportaciones de «l'histoire des intellectuels», este escrito prestará más atención a las condiciones sociales que propiciaron la transformación de estos pioneros que a su propia producción literaria. En definitiva, las siguientes páginas es-

<sup>1</sup> Malcolm Kevin READ: *Educating the Educators. Hispanism and its Institutions*, Melbourne, University of Delaware Press, 2003, p. 13.

<sup>2</sup> José BERBEL: *Orígenes de la tragedia neoclásica española (1737-1754). La Academia del Buen Gusto*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2003, pp. 405 y ss., e Ignacio PEIRÓ: *Los guardianes de la historia: la historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995.

tán dedicadas a determinar cómo y por qué surgió una comunidad académica de este tipo en Albión<sup>3</sup>.

## ¿Qué es un hispanista?

Aunque el término hispanista comenzó a usarse a principios del siglo XIX, no fue aceptado por la Real Academia Española (RAE) hasta el año 1914. En aquel momento, se definió como una «persona versada en lengua y literatura españolas». De esta forma, el vocablo tuvo un carácter filológico y rivalizó con otro, «hispanófilo», que fue empleado de una manera más restrictiva para describir al «extranjero aficionado a la cultura, historia y costumbres de España». La competencia entre estas dos palabras se mantuvo en los albores de la centuria pasada, pero la primera de ellas fue dotándose semánticamente de connotaciones profesionales que, poco a poco, la llevaron a imponerse a la segunda<sup>4</sup>.

Con el paso del tiempo, el significado de «hispanista» fue ampliándose y abandonó esa exclusividad filológica que tuvo en sus inicios. En efecto, empezó a ser utilizado para referirse a aquellos que tenían conocimientos de castellano y de la cultura española en general. En 1956, el diccionario de la RAE certificaba esta variación, pero matizaba que el vocablo era «comúnmente» aplicado «a los que no son españoles». Desde entonces, con esta palabra se definía a distintos autores (ya fueran historiadores, filólogos, musicólogos o especialistas de otras ramas del saber) que no pertenecían a la comunidad hispánica, pero que habían hecho de ella su tema de investigación<sup>5</sup>.

De acuerdo con lo anterior, la condición de extranjero se convirtió en un elemento determinante en el cual algunos presuponian una perspectiva distinta, distante y, en consecuencia, más imparcial que la de los analistas autóctonos. Y es que bastantes hispanistas foráneos, y sobre todo aquellos que se dedicaron a disciplinas

---

<sup>3</sup> François DOSSE: *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2007.

<sup>4</sup> Juan Antonio FRAGO: «Hispanismo, hispanista», *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, vol. XV, 33-34 (2003), pp. 41-51, y Juan GUTIÉRREZ CUADRADO: «Hispano-limpio: coloreamos el origen de hispanismo e hispanista», *Boletín de la Asociación Internacional de Hispanistas*, 10/03 (2004), pp. 17-26.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 41-51.

como la historia, aceptaron sin reparos un «mito de la objetividad» que, en ocasiones, predominaba en sus respectivas comunidades científicas nacionales. Varios autores han visto unas claras implicaciones políticas en esta supuesta neutralidad. Entre ellos, Malcolm Read acusó al hispanismo británico de esconder posturas conservadoras detrás de un acercamiento aséptico a su objeto de estudio. Estas críticas generaron una polémica cuya descripción excede los límites de este trabajo<sup>6</sup>.

Lejos de frenar la evolución semántica del vocablo, las limitaciones territoriales que establecía ese componente foráneo fueron difuminándose. Aunque se podrían aducir otras razones, las principales causas de este cambio fueron dos y se produjeron casi al mismo tiempo. Por una parte, las personas dedicadas a este tipo de estudios se juntaron en distintas sociedades. De hecho, en 1962 se confeccionaron los estatutos fundacionales de la Asociación Internacional de Hispanistas, los cuales «consagraron y marcaron por mucho tiempo el rumbo del hispanismo». La mencionada organización «redefinió oficialmente» el término y «profesionalizó» esta práctica. Por la otra, los temas relativos a Hispanoamérica fueron abriéndose camino en el mundo académico de diferentes países a mediados de la década de 1960. Por ejemplo, se crearon Centres for Latin American Studies en cinco universidades británicas durante aquella época. Así, el avance de la enseñanza y de la investigación que en el Reino Unido existía sobre la cultura latinoamericana dejó de estar ligado a los viejos departamentos «imperiales», que bajo la etiqueta de «Hispanic Studies» incluían tanto a las antiguas metrópolis peninsulares como a sus ex colonias de ultramar<sup>7</sup>.

Sin duda, la aparición de asociaciones, revistas y redes académicas que utilizaron el término hispanismo o alguna de sus derivaciones para describirse a sí mismas influyó en la forma de entender el significado de esta palabra y de su familia léxica. Además, la evolución política y las relaciones internacionales también determinaron el contenido semántico de estos vocablos. En 1984, y en una España

---

<sup>6</sup> Peter NOVICK: *That noble dream. The «objectivity question» and the american historical profession*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988. Las críticas de Read han encontrado respuesta en distintos autores como Nicholas Round. Podemos seguir este debate sobre el hispanismo y su dimensión política en Stephen M. HART: «From Schizoidism to Big Bang: UK versus US Hispanism», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. LXXXIV, 4-5 (2007), pp. 653-667.

<sup>7</sup> Juan GUTIÉRREZ CUADRADO: «Hispano-limpio...», pp. 17-26.

que acababa de configurarse como un Estado de autonomías regionales, el diccionario de la RAE ofreció una única acepción que todavía perdura para definir al hispanista, el cual pasó a ser: «Persona que profesa el estudio de lenguas, literaturas o cultura hispánicas, o está versada en ellos». Esta fórmula venía a aceptar la existencia de diferencias culturales dentro del territorio español<sup>8</sup>.

Más allá del reconocimiento de una nueva realidad política y de las peculiaridades locales, esta última definición añadió un velado componente profesional. Sin excluir al aficionado a este tipo de estudios, el hispanista «profesa» un oficio y, por consiguiente, pertenece a un «gremio» que hace de su trabajo intelectual un medio de vida. La incorporación de este aspecto laboral remite a la institucionalización del hispanismo en distintos ámbitos académicos y a la creación de una comunidad internacional dedicada a estos temas.

En la actualidad, la condición de hispanista no es privativa de los profesionales extranjeros. Es decir, podríamos referirnos con esta denominación a cualquier español o hispanoamericano sin incurrir en un error. Pero, como hemos sugerido, estas limitaciones existieron y todavía se mantienen en el empleo que hoy se hace del vocablo. A pesar de la amplitud y versatilidad de la presente definición, el componente foráneo aún es un rasgo semántico fundamental que suele subyacer en los análisis centrados en el hispanismo.

En el presente texto, el hispanista es aquel autor que, independientemente de su lugar de origen, estudió temas relativos a la cultura hispanohablante en, desde y para otros países ajenos al mundo hispano. Nuestra definición apuesta por la funcionalidad y se apoya en la existencia de comunidades profesionales diferenciadas y de espacios académicos propios, tal y como se explica para el caso británico.

## De aficionado a profesional

«En muchos casos, el hispanista fue simplemente un hispanófilo que transformó su pasión en una profesión».

Sebastian FABER<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> Juan Antonio FRAGO: «Hispanismo...», pp. 41-51.

<sup>9</sup> La traducción es nuestra. Sebastian FABER: *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War. Hispanophilia, Commitment, and Discipline*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008, p. 8.

El hispanismo británico ha sido uno de los más activos e influyentes, junto con el estadounidense y el francés. Si tenemos en cuenta el ancestral antagonismo que caracterizó las relaciones de España con Inglaterra, esta relevancia parece paradójica. Sin embargo, durante los siglos XIX y XX, una serie de acontecimientos pusieron en cuestión esa rivalidad del pasado y dieron lugar a un escenario de entendimiento e, incluso, de fluida comunicación entre ambas naciones. La paulatina superación de imágenes negativas de un tiempo pretérito, los intereses comerciales, los contactos políticos y los flujos migratorios propiciaron el progreso de los estudios hispánicos y la creación de una comunidad profesional dedicada a estos temas en Gran Bretaña.

En época decimonónica, la visión que los británicos tenían del pueblo español sufrió cambios significativos. La Guerra de la Independencia y la resistencia de la población frente a la ocupación francesa provocaron una «hispanofilia súbita» en Albión que, según Moradiellos, derivó en una «revisión completa» de la Leyenda Negra. A partir de entonces, esa oscura y negativa percepción convivió en Gran Bretaña con otras imágenes de los españoles que, si bien eran más románticas y atrayentes, no dejaron de ser idealizadas. Estos nuevos estereotipos fueron transmitidos por algunas de las máximas figuras del romanticismo anglosajón como Lord Byron (1788-1824), quien anunció el nacimiento de «the new Numantine soul of old Castile», o Robert Southey (1774-1843), quien relató los pormenores de aquella lucha contra Napoleón en *A History of the Peninsular War* (1823)<sup>10</sup>.

Huelga decir que, con anterioridad a esa guerra peninsular, existieron *gentlemen* que siguieron el turbulento devenir político español y establecieron vínculos con algunos próceres de España. Entre ellos destacó Henry Richard Vassall Fox (1773-1840), el tercer barón de Holland. Este aristócrata fue amigo de destacados ilustrados peninsulares como Melchor Gaspar de Jovellanos, pero también socorrió a los liberales españoles que llegaron a Londres huyendo de Fernando VII en 1823. Su residencia londinense se convirtió en un

---

<sup>10</sup> Enrique MORADIELLOS: «Más allá de la leyenda negra y del mito romántico: el concepto de España en el hispanismo británico contemporáneo», *Ayer*, 31 (1998), pp. 183-199, y John Callan James METFORD: *British Contributions to Spanish and Spanish-American Studies*, Londres, The British Council and Logmans, Green and Co., 1950, p. 39.

lugar de encuentro para artistas, literatos y políticos tanto hispanos como anglosajones<sup>11</sup>.

Aunque podemos encontrar hispanófilos en épocas remotas, el levantamiento de los españoles contra el invasor francés supuso un punto de inflexión y llamó la atención de los románticos británicos, que propiciaron un «redescubrimiento» de la cultura española. Escritores tan populares como Walter Scott (1771-1832) se familiarizaron con la lengua y la literatura españolas. El famoso novelista escocés llegó a proponer una nueva edición en inglés de *Don Quixote*. Para ello, compiló diferentes materiales que proporcionó a su yerno John Gibson Lockhart (1784-1854), quien había aprendido varios idiomas en la Universidad de Oxford. En 1822, este académico oxoniense cumplió el deseo de su suegro y publicó esa traslación, precedida de un análisis de la vida de Miguel de Cervantes. Pero Lockhart fue todavía más allá y, a través de colaboraciones en revistas literarias y traducciones de clásicos castellanos, contribuyó decisivamente a la popularización de las letras hispánicas en Gran Bretaña<sup>12</sup>.

Además, viajeros procedentes de las Islas Británicas habían recorrido la Península «sin verse obligados por sus negocios o forzados por el exilio» desde el siglo XVII y esta tendencia continuó en el ochocientos. Entre los visitantes había poetas que, como el citado Lord Byron, buscaban el componente indómito y exótico que esas tierras parecían atesorar. También hubo enfermos que deseaban disfrutar de un clima más favorable para su delicada salud. En este último grupo estuvo el escocés James Young Gibson (1826-1885), quien aprendió el idioma y dedicó parte de su vida a traducir las obras menores de Cervantes y romances relacionados con el Cid<sup>13</sup>.

---

<sup>11</sup> Manuel MORENO ALONSO: *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1997.

<sup>12</sup> Tina DOOLEY: «Españoles en Gran Bretaña», *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*, vol. CV, 411 (marzo de 1980), pp. 13-29. John Gibson Lockhart escribió una serie de artículos sobre España que aparecieron entre 1821 y 1826 en *Blackwood's Magazine* bajo el título de *Horae Hispanicae*. También tradujo romances del castellano al inglés que aparecieron publicados como *Ancient Spanish Ballads* (1823). Véase John Callan James METFORD: *British Contributions to Spanish...*, pp. 42 y ss.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 50, e I. A. A. THOMPSON: «Aspectos del hispanismo inglés y la coyuntura internacional en los tiempos modernos (siglos XVI-XVIII)», *Obradoiro de Historia Moderna*, 15 (2006), pp. 9-28, esp. p. 16.

La curiosidad de los eruditos británicos por la literatura española, el interés de los *gentlemen* londinenses por el devenir político de España, las ambiciones económicas que los mercaderes anglosajones mostraron por las recién independizadas naciones latinoamericanas y los relatos idealizados de los aventureros que recorrían la Península fueron algunos de los elementos que constituyeron el germen del hispanismo en Gran Bretaña. Desde distintos ámbitos se estaban dando los primeros pasos de la formación de una comunidad de hispanistas, la cual tardaría algún tiempo en establecerse.

El mundo de la academia contribuyó a que algunos británicos se especializaran en la cultura hispánica. Varios filólogos anglosajones aprovecharon sus conocimientos metodológicos para hacer traducciones, compilaciones e investigaciones de las principales obras escritas en español. Por ejemplo, Edward Fitz-Gerald (1809-1883) empezó a estudiar castellano gracias a Cowell, quien era catedrático de sánscrito en la Universidad de Cambridge. Fitz-Gerald hizo uso de las técnicas que había aprendido en el cultivo de idiomas orientales para traducir ciertos escritos menores de Calderón, que en 1853 aparecieron con el título: *Six Dramas of Calderón. Freely translated*. Esta obra no hubiera tenido mayor relevancia si no fuera porque una reseña crítica de la misma apareció publicada en la revista *The Athenaeum*, que se convirtió en una caja de resonancia de los trabajos que en aquella isla se realizaban sobre la literatura española<sup>14</sup>.

Fuera de las aulas, también había británicos que estaban interesados en la cultura hispánica. De hecho, algunos aficionados llegaron a unos niveles de especialización que les permitieron conseguir grandes logros. Entre ellos destacó John Rutter Chorley (1806-1867), quien, a pesar de tener fama de ermitaño, estuvo en contacto con la intelectualidad del momento, como lo prueba su amistad con Thomas Carlyle. Sin embargo, su relación con el mundo académico fue casi nula, ya que trabajó de secretario de la compañía ferroviaria Grand Junction Railway durante gran parte de su vida. Después de ahorrar algo de dinero, abandonó ese puesto para entregarse a su verdadera vocación: los estudios lingüísticos. Aunque prestó atención a varias lenguas, fue un apasionado tanto del castellano como de la literatura española. Por eso, residió en

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 49, y John Callan James METFORD: «An early Liverpool Hispanist: John Rutter Chorley», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. XXV, 100 (octubre de 1948), pp. 247-258.



España cerca de tres meses, que dedicó a visitar las mejores librerías madrileñas y a comenzar una colección de pliegos sueltos entre los que figuraban numerosos dramas del Siglo de Oro español. Más tarde, siguió comprando este tipo de obras y compiló infinidad de piezas teatrales españolas que, tras su muerte, pasaron a ser custodiadas por la biblioteca del British Museum<sup>15</sup>.

Pero ahí no acabó la labor de este hispanófilo, quien confeccionó el catálogo de dramas en castellano más completo hasta esa fecha. Esta bibliografía apareció en la Biblioteca de Autores Españoles, convirtiéndose en una referencia obligada para los filólogos y los estudiosos de las letras hispánicas. Además, Chorley sacó tiempo para elaborar varios trabajos sobre las obras de Lope de Vega, que años después fueron aprovechados por James Fitzmaurice-Kelly (1857-1923) para realizar su *Life of Lope de Vega* (Glasgow, 1904). Toda esta experiencia le sirvió para colaborar en revistas como *Fraser's Magazine* o *The Athenaeum*<sup>16</sup>.

John R. Chorley fue uno de esos autores de transición que estuvieron entre el erudito hispanófilo y el hispanista universitario que pertenece a una comunidad profesional que le sirve de referencia. Chorley era un caballero británico cuyo interés por la literatura española le llevo a participar en revistas, a escribir monografías de cierta valía e, incluso, a confeccionar instrumentos de consulta para futuros estudiosos. Había ido más lejos que la mayoría de sus compatriotas en su relación con la cultura española, pero no formaba parte de un gremio, ni estaba determinado por un ámbito académico fijo. Aunque su labor era sistemática, seguía siendo una afición que estaba más cerca de lo lúdico que del trabajo. Ahora bien, su biografía le distinguía de escritores como el conde Philip Henry Stanhope (1805-1875), cuya pasión por la investigación y su vida económicamente desahogada le permitieron terminar varios libros, entre ellos dos sobre la historia de España: *War of Succession in Spain* (1832) y *Spain under Charles II* (1840). Tanto Chorley como Stanhope no vivían de eso, pero el primero había alcanzado una especialización superior a la del segundo.

Sea como fuere, lo cierto es que autores como Lockhart, Fitz-Gerald, Chorley o Stanhope realizaron traducciones de obras clásicas de las letras hispánicas, llevaron a cabo investigaciones sobre la

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 49-50.

<sup>16</sup> John Callan James METFORD: «An early Liverpool Hispanist...», pp. 247-258.

historia de España o publicaron reseñas en revistas británicas sobre libros relacionados con la cultura española. Sin pertenecer a la academia o desde sus márgenes, estos eruditos, que no vivían de esta labor intelectual, generaron cierto interés por el mundo hispanohablante, acercaron al consumidor anglosajón a la producción cultural en castellano y, en definitiva, crearon el caldo de cultivo necesario para la introducción de estos estudios en la universidad. Sólo cuando esta incorporación se produjo, comenzó a formarse una comunidad profesional de hispanistas en Gran Bretaña.

### **La construcción del espacio profesional del hispanista en las universidades británicas**

A principios del siglo XIX, la enseñanza del castellano comenzó a hacerse un hueco en el currículo universitario de Gran Bretaña. Aunque la docencia del español en algunas universidades inglesas como Oxford podría remontarse hasta el año 1595, lo cierto es que las lenguas romances tomaron protagonismo en los planes de estudio de la educación superior británica a partir del ochocientos<sup>17</sup>.

¿Por qué el siglo XIX? En aquel momento hizo acto de presencia un sentimiento nacionalista que configuró nuevos espacios políticos en Europa. Tanto los viejos Estados como los de reciente creación justificaron su existencia en una historia y en un idioma comunes. La clase social que se abría paso al inicio de esa era capitalista, la burguesía, se puso manos a la obra y elaboró una «cultura nacional» que venía a legitimar ideológicamente las «comunidades imaginadas» europeas. El movimiento romántico y su impulso a las literaturas nacionales desempeñaron un papel destacado en este proceso. Todo ello favoreció el cultivo y el desarrollo de las lenguas vernáculas, así como el establecimiento de sistemas educativos estatales<sup>18</sup>.

Dentro de este contexto, la lengua y la literatura tanto propias como ajenas pasaron a ser una parte importante de la preparación

---

<sup>17</sup> Ian MICHAEL: «Afterword: Spanish at Oxford, 1595-1998», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. LXXVI, 1 (1999), pp. 173-193.

<sup>18</sup> Benedict ANDERSON: *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism (Revised edition)*, Londres, Verso, 1993, y Michel ESPAGNE: *Les transferts culturels franco-allemands*, París, Presses Universitaires de France, 1999, p. 18.

que recibían los miembros de la elite nacional, quienes monopolizaban el acceso a la educación. La gran variedad de idiomas y de culturas hacía inviable la oferta de todos ellos en las aulas de institutos y universidades. Había que seleccionar. Cada sistema de enseñanza estableció los conocimientos foráneos que debían aprender sus compatriotas, atendiendo a motivos que iban desde la proximidad geográfica hasta las relaciones mercantiles. Cabría preguntarse por qué los británicos se interesaron en su ancestral enemigo peninsular. Pues bien, en el siglo XIX la coyuntura política y económica internacional comenzó a ser propicia para el intercambio intelectual entre estas dos potencias antagónicas. A nadie se le escapa que la independencia de las principales colonias españolas en América abrió las puertas del comercio con esos territorios a Gran Bretaña y alivió la tensión que había entre Londres y Madrid por el control de ese continente. A partir de entonces, el dominio del castellano se convirtió en una necesidad de estos mercaderes angloparlantes que, según fueron haciendo negocios en Hispanoamérica, promovieron la enseñanza del español en su patria a través de donaciones. Al mismo tiempo, la llegada a las Islas Británicas de un grupo significativo de exiliados que huían de la restauración absolutista de Fernando VII sirvió para dar una respuesta a esa incipiente demanda lingüística<sup>19</sup>.

El avance de los estudios filológicos durante el periodo decimonónico fue otro de los elementos que propiciaron la inclusión de la enseñanza de idiomas en las universidades anglosajonas de ambos lados del Atlántico. Ahora bien, la incorporación de estas materias en los currículos de los centros pedagógicos de Gran Bretaña debe ser entendida dentro del proceso de reforma en el que estuvo inmerso el sistema educativo superior inglés en el siglo XIX. Esta transformación aspiraba a adecuar la docencia a la industrialización y a la intensificación de la actividad comercial que caracterizaron la Inglaterra victoriana. Con ese objetivo, se impulsó una ampliación de la oferta formativa, en la que comenzaron a tener cabida el castellano y otras lenguas modernas. Lejos de ser un asunto baladí, la aparición del hispanista británico estuvo determi-

---

<sup>19</sup> Matilde GALLARDO BARBARROJA: «Anglo-Spanish Grammar Books published in England in the Nineteenth Century», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. LXXXIII, 1 (2006), pp. 73-98.

nada por la creación de las primeras cátedras universitarias de español en aquel país.

Los primeros pasos para esa reforma de la educación superior se dieron en Londres. En 1826, un grupo de la burguesía liberal de esa ciudad promovió la fundación del University College London, que, a diferencia del binomio de Oxbridge (Oxford y Cambridge), no puso limitaciones al ingreso de estudiantes ajenos a la iglesia anglicana. La negativa de esta nueva institución a incluir la enseñanza religiosa en su plan de estudios provocó la aparición de otro establecimiento pedagógico que las fomentara, el King's College London. Una parte de la élite política inglesa, encabezada por el duque de Wellington, impulsó la creación de este último centro, que comenzó su andadura en el curso de 1828-1829 y que pronto fue respaldado por el rey George IV. A pesar de esta rivalidad, ambos *colleges* quedaron englobados dentro de la University of London, que se instituyó en 1836<sup>20</sup>.

Estas dos fundaciones trajeron consigo una renovación de la educación superior británica. Frente al elitismo exacerbado y al currículo clásico que Oxbridge representaba, las nuevas instituciones permitieron el acceso a un alumnado más heterogéneo y, sobre todo, ampliaron la oferta docente que hasta ese momento existía en el sistema universitario inglés. Sus estrategias formativas hicieron más hincapié en la enseñanza profesional y en materias que eran poco cultivadas en las universidades medievales, como la química o las lenguas modernas. Desde el principio, varios idiomas extranjeros fueron impartidos en el University College London, mientras que en el King's College London se incorporaron en 1831. Otros centros pedagógicos del país, como la Universidad de Durham, siguieron el ejemplo londinense y también proporcionaron este tipo de instrucción<sup>21</sup>.

Como parte de este proceso, se crearon en Inglaterra las primeras cátedras de español, que fueron ocupadas por españoles que residían en Gran Bretaña. Algunos de ellos eran políticos liberales

---

<sup>20</sup> Fossey John Cobb HEARNshaw: *The centenary history of King's College London, 1828-1928*, Londres, George G. Harrap and Co., 1929, pp. 25-46.

<sup>21</sup> Matilde GALLARDO BARBARROJA: *Introducción y desarrollo del español en el sistema universitario inglés durante el siglo XIX*, vol. XX, Madrid, Estudios de Lingüística del Español, 2003. Podemos encontrar esta publicación en la siguiente dirección: <http://elies.rediris.es/elies20/index.html>.

que habían huido del absolutismo de Fernando VII y que trataron de encontrar en las clases de idiomas una salida a las estrecheces económicas propias de su repentino exilio. El primer catedrático de castellano fue Antonio Alcalá Galiano (1789-1865), quien asumió la «Spanish Professorship» establecida en el University College London en 1828. Este prócer gaditano no limitó su labor a la docencia y escribió varios artículos sobre España que fueron publicados en *Westminster Review* y en *The Athenaeum*. Tal vez, estas actividades le distrajeran de los quebraderos de cabeza que le ocasionó su conflictivo paso por la institución londinense. Y es que tuvo varias disputas con sus superiores por la dotación económica de su cargo y, finalmente, acabó dimitiendo en el curso de 1830-1831<sup>22</sup>.

Tras la renuncia de Alcalá Galiano, el University College London suprimió su puesto. Sin embargo, y casi al mismo tiempo, la enseñanza del castellano era introducida en el King's College London mediante una cátedra que, entre 1831 y 1854, también estuvo ocupada por inmigrantes españoles. El primero de ellos fue el vasco Pablo de Mendíbil (1788-1832), quien había sido profesor en una escuela francesa y era autor de una sucinta antología de la literatura española. Su óbito dejó paso a José María Jiménez de Alcalá, que publicó una gramática de la lengua castellana para facilitar a sus alumnos el aprendizaje del idioma. Algún tiempo después, Ángel de Villalobos asumió el cargo, pero retornó a España y dejó vacante la plaza en 1847. A partir de ese año distintos docentes se sucedieron: Robert Lott, Joaquino Antonio Curtoys y Juan Calderón. Este último moría en 1854 y, aunque las clases de español prosiguieron, sus sustitutos carecieron del grado de catedráticos<sup>23</sup>.

Si bien la docencia de esta lengua en el King's College tuvo mayor continuidad que en el University College, el número de alumnos que cursaban la asignatura fue muy bajo durante todo el siglo XIX. En 1891, las autoridades universitarias consideraron que esta escasa demanda no era óbice para nombrar a Ricardo Ramí-

---

<sup>22</sup> Podemos encontrar un análisis de estas migraciones y del paso de Alcalá Galiano por Londres en Vicente LLORENS: *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1934)*, Madrid, Castalia, 2006. Para una descripción de la vida de Antonio Alcalá Galiano véase Ignacio PEIRÓ y Gonzalo PASAMAR: *Diccionario Akal de Historiadores Españoles Contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002, pp. 62-64.

<sup>23</sup> Pedro GRASES: *Tiempo de Bello en Londres y otros ensayos*, Caracas, Ministerio de Educación, 1963, p. 165; Matilde GALLARDO BARBARROJA: *Introducción y desarrollo del español...*, y Tina DOOLEY: «Españoles...», pp. 13-29.

rez «Professor in Spanish» en el primero de estos dos centros, recuperando una de las cátedras más antiguas que existieron de este idioma en Inglaterra. A pesar de los vaivenes que sufrieron los estudios hispánicos en la nueva universidad inglesa, la aparición de estos puestos primigenios contribuyó a la difusión de la cultura española en Gran Bretaña. Más aún, la nacionalidad de los profesores de castellano de estos establecimientos londinenses pone en evidencia la significativa participación de los emigrados españoles en la implementación de estas enseñanzas.

Mientras eso ocurría en Londres, las grandes universidades medievales parecían inmóviles, manteniendo un currículo tradicional con el que trataban de formar a los futuros *gentlemen*. Pero, en realidad, los cambios que se producían a su alrededor también estaban afectando a sus viejas estructuras. Las primeras reacciones del prestigioso binomio comenzaron a producirse a mediados del siglo XIX. Bajo la presión de la transformación de los colegios privados (*public schools*), Oxford y Cambridge emprendieron tímidas reformas que, entre otras cosas, se concretaron en un aumento y diversificación de su oferta docente.

En 1848 abrió sus puertas la Taylor Institution en Oxford. Esta fundación había sido promovida por el arquitecto londinense Robert Taylor (1714-1788), quien donó 180.000 libras para difundir las lenguas vivas entre el estudiantado oxoniense. Aunque el proyecto fue planteado en el siglo XVIII, varios problemas retrasaron su puesta marcha hasta mediados de la siguiente centuria. Antes de 1903, año en el que se creó «the first Honour School of Medieval and Modern Languages» en la Faculty of Arts, la institución Tayloriana fue la única que acercó el estudio de los idiomas europeos modernos al alumnado de esa universidad. Por eso, algún autor ha llegado a describir este centro como una ventana a la cultura de Europa continental. Eso sí, los motivos no eran tan filantrópicos como parecen. A la hora de elegir las lenguas que debían ser impartidas, se tuvo en cuenta el valor diplomático y comercial de las mismas, lo cual sería una constante en todo este proceso<sup>24</sup>.

En un primer momento, sólo se dieron lecciones de francés, alemán e italiano. Poco después, Lorenzo Lucena Pedrosa (1807-1881) fue nombrado profesor de castellano, puesto que de-

<sup>24</sup> Ian MICHAEL: «Foreword», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. LXXVI, 1 (1999), pp. I-III.

sempañó desde 1858 hasta su muerte. Este pastor protestante cordobés tenía experiencia en la docencia de su lengua materna, pues había impartido clases en The Mechanics' Institute de Liverpool. Una vez más, un español contribuía a introducir la enseñanza de su propio idioma en distintos centros pedagógicos británicos. Su tarea fue muy valiosa, ya que la inclusión del español en la Taylor Institution fue fundamental para «la consolidación del hispanismo en Oxford»<sup>25</sup>.

Durante bastante tiempo los inmigrantes españoles controlaron los puestos de profesor de castellano que se creaban en Inglaterra. En Oxford hubo que esperar hasta 1890 para que un inglés, Henry Butler Clarke (1863-1904), fuera nombrado Taylorian Teacher of Spanish. El nuevo docente era un hombre de la casa, puesto que la universidad oxoniense le había otorgado una beca para estudiar la lengua y la cultura españolas (Taylorian Scholarship in Spanish). Aunque Clarke sólo impartió clases durante cuatro años, desarrolló una intensa labor educativa y publicó varios trabajos para facilitar el aprendizaje del idioma a sus estudiantes: *A First Spanish Reader and Writer* (1891), *A Spanish Grammar for Schools* (1892) y *Spanish Literature, an Elementary handbook* (1893)<sup>26</sup>.

En 1894, Clarke abandonó la docencia, pero continuó ligado a la Universidad de Oxford como Fereday Fellow del St. John's College. Gracias a ello, pudo dedicarse a la investigación y realizar estudios más especializados como *The Cid Campeador and the Waning of the Crescent in the West* (1897) o su contribución al primer volumen de la *Cambridge Modern History* con un análisis de los Reyes Católicos. Su obra más recordada e influyente apareció póstumamente en 1906 bajo el título *Modern Spain, 1815-1898*. En este texto, que fue utilizado por futuros hispanistas como Gerald Brenan, hizo un repaso por la historia reciente de España. Su relato desembocaba en el sistema canovista, que era presentado como un periodo esperanzador para los españoles tras la convulsa época de guerras civiles. El carácter laudatorio de este último libro tenía que ver con la buena amistad que Clarke entabló con Antonio Cánovas del Castillo, quien le

---

<sup>25</sup> Matilde GALLARDO BARBARROJA: *Introducción y desarrollo del español...*, y Jaime MEMORY: «Lorenzo Lucena Pedrosa (1807-1881). Recuperando una figura señera de la segunda reforma española», *Anales de Historia Contemporánea*, 17 (2001), pp. 213-226.

<sup>26</sup> John Callan James METFORD: *British Contributions to Spanish...*, pp. 52-53.

facilitó su ingreso en la Real Academia de la Historia española y en la Real Sociedad Económica de Madrid<sup>27</sup>.

Más allá de sus inclinaciones personales, lo que nos interesa destacar es que Henry Butler Clarke se dedicó profesionalmente al cultivo de los estudios hispánicos, ejerciendo como profesor e investigador dentro de un centro académico concreto, el de la Universidad de Oxford. Frente al acercamiento del erudito aficionado a «las cosas de España», Clarke representaba un nuevo modelo que hacía de su especialización en la lengua y la cultura españolas una forma de vida. Sin duda, su biografía remite a la progresiva metamorfosis del hispanófilo británico en hispanista, la cual fue favorecida por la institucionalización de la enseñanza del castellano.

Pero Clarke no fue el único ejemplo. Si desde 1858 se desarrollaron los Hispanic Studies en Oxford, en Cambridge comenzó el acercamiento a la cultura española a finales de esa misma centuria. Fue Norman MacColl (1843-1904) quien fomentó el interés por la literatura en castellano en esa universidad. Este *fellow* del Downing College fue el editor de *The Athenaeum* entre 1871 y 1900. A lo largo de esta etapa, la revista prestó especial atención a la actualidad literaria de diversos países en su «Athenaeum's annual reviews of foreign literature». En las páginas de esta publicación aparecían frecuentemente referencias a los literatos peninsulares, lo cual contribuía a la difusión de las letras hispánicas entre un público británico especializado. Pero nuestro protagonista no se detuvo ahí y compaginó esa labor con su esfuerzo por popularizar el Siglo de Oro español en Gran Bretaña. Así, en 1888 compiló, introdujo y anotó *Select Plays of Calderon*. Años después terminó una edición de las *Exemplary Novels of Cervantes* (1902). Gracias a ello, Cambridge se convirtió en un foco de atracción de los primeros hispanistas<sup>28</sup>.

Entre los eruditos británicos interesados en la cultura hispánica que se movían en los márgenes de la academia y que frecuentaron Cambridge durante esa época, hay que resaltar a Martin S. Hume (1843-1910), quien escribió varios libros sobre la historia de Es-

---

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 52-53. Gerald BRENAN incluyó a Clarke entre la bibliografía de su obra: *The Spanish labyrinth: an account of the social and political background of the Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1943.

<sup>28</sup> «Obituary: Mr. Norman MacColl», *The Times*, 16 de diciembre de 1904, p. 11, y Laurel BRAKE y Marysa DEMOOR (coords.): *Dictionary of nineteenth-century journalism in Great Britain and Ireland*, Londres, Academia Press, 2009, p. 386.



paña. En 1898, y en dicha ciudad, publicó su obra *Spain: its Greatness and decay, 1479-1788* y, al año siguiente, apareció un segundo estudio que suponía la continuación del anterior: *Modern Spain, 1788-1898*. En 1901, esos dos trabajos fueron reunidos en un tercero que se editó en Londres con el título: *The Spanish People, their Origin, Growth and Influence*. Este escritor había visitado numerosas veces la Península Ibérica, donde residía su familia materna, y era un buen candidato para ocupar una plaza de profesor en esa prestigiosa universidad. Sin embargo, y a pesar de impartir algunas conferencias sobre estos temas a los alumnos de ese centro, las autoridades universitarias no crearon una cátedra para él<sup>29</sup>.

Aunque varios hispanistas pulularon por Cambridge, no existía un espacio académico dedicado a este tipo de estudios. Hubo que esperar al óbito de uno de los mayores promotores de la cultura hispánica en esa ciudad, el citado Norman MacColl, para que la tendencia cambiara. En 1905, la universidad creaba una *Lectureship in Iberian Literature* que llevó el nombre del fallecido editor de *The Athenaeum*. La plaza era una fundación especial y consistía en impartir un curso corto sobre lengua y literatura españolas o portuguesas. A pesar de ser un puesto atractivo no fue provisto de inmediato. Se tardó tres años en encontrar a la persona adecuada, lo cual ponía de manifiesto la todavía incipiente formación del hispanismo en Gran Bretaña. En 1908 se eligió a James Fitzmaurice-Kelly, quien ha sido considerado por muchos como el primer hispanista británico. Pero, ¿quién era este profesor?<sup>30</sup>

Desde los contornos de la academia, este escocés había realizado varias investigaciones sobre la literatura española, que le reportaron una cierta fama como especialista en la materia. Esta popularidad le

---

<sup>29</sup> En 1898, Hume sustituyó a Pascual Gayangos como «compilador de los nutridos tomos del calendario inglés de los *Spanish State Papers* tocantes a Inglaterra». Véase Michael ALPERT: «Martín Hume y la historiografía inglesa de España (1890-1943)», *Historia Contemporánea*, 20 (2000), pp. 53-64.

<sup>30</sup> J. R. TANNER: *The Historical Register of the University of Cambridge being a supplement to the Calendar with a record of university offices honours and distinctions to the year 1910*, Cambridge, Cambridge University Press, 1917, p. 154. Los primeros en encargarse de esta *lectureship* fueron James Fitzmaurice-Kelly (español), Henry Thomas (español), George Young (portugués), Fernando de Arteaga (español), Pedro Salinas (español) y Edgar Prestage (portugués). Véase John William BARKER: «Spanish Studies at Cambridge since the war», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. X, 40 (octubre de 1933), p. 197.

llevó a dictar la Special Taylorian Lectureship de 1902, la cual dedicó a *Lope de Vega and the Spanish Drama*. Esta conferencia magistral se celebraba anualmente en Oxford y era un honor que había sido conferido anteriormente a Alfred Morel-Fatio (1894) y a Henry Butler Clarke (1898). Si bien este reconocimiento no le sirvió para obtener una plaza de profesor, en 1905 The British Academy, de la cual fue nombrado miembro, le encargó un estudio, *Cervantes in England*, para conmemorar el tercer centenario de *Don Quijote*. Poco después, asumió la Lectureship de Cambridge y en 1909 era elegido para ocupar la primera cátedra de español que se creó en Inglaterra en el siglo xx: la Gilmour Chair of Spanish de la Universidad de Liverpool. Pero allí no acabó su peregrinaje. Apenas un lustro más tarde, se mudó a la capital del Imperio para hacerse cargo de la Cervantes Professorship of Spanish Language and Literature, que fue establecida en el King's College London en 1916. Desempeñó ese puesto hasta su renuncia por problemas de salud en 1920<sup>31</sup>.

Fitzmaurice-Kelly empezó haciendo reseñas para revistas literarias y llegó a ocupar las principales cátedras de lengua y literatura españolas que se crearon en las universidades de Gran Bretaña a principios del siglo xx. No sólo eso, algunas de sus obras fueron traducidas al castellano y a otros idiomas. Por eso, muchos han visto en su figura al primer hispanista británico profesional, lo cual, además de ser injusto con el resto de los integrantes de la comunidad, resulta simplista, ya que no explica el proceso en el que se enmarcó la labor de este escocés. Años después, su sucesor en la Gilmour Chair de Liverpool, Edgar Allison Peers, señaló que Fitzmaurice-Kelly alcanzó ese prestigio porque no tuvo competidor, es decir, era un pionero de los estudios hispánicos en Inglaterra:

---

<sup>31</sup> James Fitzmaurice-Kelly nació en Glasgow y estudió en el St. Charles College de Kensington. En 1885 se trasladó a Jerez de la Frontera para ejercer como profesor personal del futuro marqués de Misa durante seis meses. Antes de volver a Gran Bretaña viajó a Madrid, donde, además de ponerse en contacto con varios escritores castellanos, se documentó para confeccionar su primer trabajo sobre la literatura española: *Life of Cervantes* (1892). Su interés por la obra cervantina le llevó a colaborar con John Ormsby, quien en 1885 había publicado una exitosa traducción de *Don Quijote*. Entre ambos comenzaron a elaborar una nueva edición crítica de dicho libro, que apareció en 1899. En cambio, la consagración de este escocés llegó con su *History of Spanish Literature* (1898), que en pocos años se convirtió en una referencia ineludible para la incipiente comunidad profesional de hispanistas británicos. Véase John D. FITZ-GERALD: «James Fitzmaurice-Kelly (1857-1923)», *Hispania*, 7/3 (mayo de 1924), pp. 210-212.

«Fitzmaurice-Kelly fue un periodista que no escribió nada de valor imperecedero hasta que tuvo casi cuarenta años, pero desde entonces adquirió una gran reputación como hispanista gracias al hecho de que hasta bien entrada la Primera Guerra Mundial era el único británico interesado en el mundo hispánico»<sup>32</sup>.

Esta singularidad es cuestionable y, si llegó a existir, fue difuminándose tan rápido como el hispanismo ocupó un espacio en el mundo académico británico. Además de Cambridge, Londres y Oxford, las «Redbrick universities» (o universidades de provincias) también incluyeron el castellano en su oferta educativa. La de Liverpool estuvo a la cabeza de este proceso. Antes de alcanzar un estatus universitario independiente en 1903, la docencia del español figuró en el plan de estudios de la School of Commerce del University College Liverpool, que funcionaba desde 1881. Una vez más, la enseñanza de esta lengua y el comercio iban de la mano.

En 1908, el capitán George Gilmour, quien tenía importantes negocios en Argentina, donó la suma de 10.000 libras a la Universidad de Liverpool para establecer una Chair of Spanish que llevara su nombre. Su deseo era promover el aprendizaje del castellano en Inglaterra, pensando en los beneficios que esta difusión podía reportar a sus inversiones en América del sur. Por eso, puso como condición que el nuevo profesor enseñara la variedad lingüística que predominaba en la República Argentina. Como hemos adelantado, esa cátedra fue ocupada por Fitzmaurice-Kelly, quien rivalizó con más de 160 candidatos españoles y británicos para conseguir el puesto. Entre ellos estuvieron el citado Martín Hume o Fernando de Arteaga, quien había sustituido a Clarke como Taylorian Teacher of Spanish en Oxford en 1894. Estos casi dos centenares de personas ponían en evidencia que Fitzmaurice-Kelly podía ser el más cualificado, pero no era el único que, a principios de la pasada centuria, veía en el hispanismo una salida profesional<sup>33</sup>.

La progresiva aparición de cátedras de español suscitó el interés de un mayor número de británicos por los estudios hispáni-

---

<sup>32</sup> Edgar A. PEERS: *Redbrick University Revisited* (edited by Ann L. Mackenzie and Adrian R. Allan), Liverpool, Liverpool University Press, 1996, pp. 143-144. La traducción es nuestra.

<sup>33</sup> «Gilmour Chair of Spanish», Archive of the University of Liverpool, Vice-Chancellor, Establishment of University College and the University of Liverpool, P5/3.

cos y permitió profesionalizarse a aquellos que ya se dedicaban a su cultivo. Muchos de estos puestos fueron financiados por la clase empresarial inglesa, que vio en la difusión del castellano en Gran Bretaña una forma de mejorar sus relaciones mercantiles con Hispanoamérica. Esta relación entre comercio y educación se intensificó durante la Gran Guerra, que puso de manifiesto el valor estratégico del mundo hispanohablante y de su lengua. Por ejemplo, Weetman Pearson, vizconde de Cowdray, donó 11.000 libras en 1916 para poner en marcha la Professorship of Spanish Language and Literature de la Universidad de Leeds. Este industrial se había enriquecido construyendo el ferrocarril mexicano y utilizó una parte de su fortuna para promocionar la enseñanza de español en Inglaterra. El dinero que cedió a ese establecimiento universitario permitió a su máximo responsable, Michael Ernest Sadler (1861-1943), fundar un departamento de español. Para instaurarlo, Sadler contó con la ayuda de su amigo José Castillejo Duarte, quien fue el primer director del mismo<sup>34</sup>.

La Gran Guerra fue un momento clave para la propagación de la enseñanza del castellano en la isla. Años más tarde, Edgar Allison Peers utilizaba como metáfora los efectos de una pequeña bomba para explicar los cambios que aquel enfrentamiento generó en la docencia de las lenguas modernas y, sobre todo, del español en el Reino Unido. A este efecto explosivo contribuyó el impulso de una asociación hispano-británica que se puso en marcha en Oxford en 1916: The Anglo-Spanish Society. Esta organización abrió sedes en las principales ciudades de Gran Bretaña para promover tanto la cultura española como la hispanoamericana. Cambridge, Glasgow, Edimburgo o Londres tuvieron una delegación de esta sociedad, en la que se involucraron numerosos hispanistas como Fitzmaurice-Kelly, Julián Martínez Villasante, Frederick A. Kirkpatrick, Janet H. Perry, Baldomero Sanín, etcétera<sup>35</sup>.

En la posguerra, fueron creados muchos departamentos universitarios de estudios hispánicos en Gran Bretaña. En 1919, la

---

<sup>34</sup> Special Collections, University of Leeds, Central Records Office H. Spanish, Chair/Gifts/Staff files, 514 F12-F14. Véase Reginald F. BROWN: «Fifty Years of University Spanish», *University of Leeds Review*, vol. XI, 1 (junio de 1968), pp. 26-41.

<sup>35</sup> Edgar A. PEERS: *Spanish-now*, Londres, Methuen and Co. Ltd., 1944, p. V, y John M. MACKAY *et al.*: «Anglo-Spanish Sympathy. A new Society founded», *The Times*, 15 de septiembre de 1916, p. 9.

Universidad de Cambridge fundaba una School of Spanish y Frederick Alexander Kirkpatrick (1861-1953) del Trinity College era nombrado máximo responsable de la misma. Este profesor no se limitó a enseñar castellano a sus alumnos, sino que también dedicó sus clases a explicar la historia de Hispanoamérica u otros aspectos culturales relativos a España. Y es que, si bien el hispanismo británico surgió de la institucionalización de la filología española en el mundo académico inglés, ha abarcado un gran número de temas que han sido abordados desde distintas disciplinas<sup>36</sup>.

Ese mismo año de 1919, se establecía una plaza de Lectureship in Spanish en la Universidad de Edimburgo, gracias a una donación hecha por D. M. Forber. El primer ocupante fue el escritor colombiano Baldomero Sanín Cano (1861-1957), quien en ese momento era corresponsal en Londres del periódico argentino *La Nación*. A este puesto siguieron muchos otros, tales como la Stevenson Chair of Spanish de Glasgow (1924), la King Alfonso XIII Chair of Spanish Literature de Oxford (1927), etcétera<sup>37</sup>.

Departamentos universitarios y asociaciones estaban abriendo el camino, pero faltaba un elemento más que fijara la estructura sobre la que se apoyaría esta nueva comunidad de profesionales que entonces nacía en Gran Bretaña. En 1923, Edgar Allison Peers fundó una revista especializada que se convirtió en ese referente que los hispanistas británicos necesitaban para reconocerse como tales: el *Bulletin of Spanish Studies*. Esta publicación periódica fue un punto de encuentro de los miembros de este incipiente gremio, los cuales se reafirmaron a través de ella. Como señalaba el editor en el primer número de este nuevo boletín, no había duda de que a esas alturas «miles de hombres y mujeres» estaban «estudiando español en las Islas Británicas»<sup>38</sup>.

Así, y antes de la década de 1930, ya existía una pequeña comunidad de hispanistas profesionales en Gran Bretaña. Más aún, la enseñanza del español se había consolidado en los establecimientos de educación superior y comenzaba a ser introducida en los de se-

---

<sup>36</sup> Acta de 19 de mayo de 1919, Minutes of the Faculty Board of Modern and Medieval Languages and precursor body 1911-1929, Cambridge University Archives, Classmark, UA Min.V.80.

<sup>37</sup> «News in Brief. Spanish at Edinburgh», *The Times*, 8 de noviembre de 1919, p. 9.

<sup>38</sup> Edgar A. PEERS: «Editorial», *Bulletin of Spanish Studies*, 1/1 (diciembre de 1923), pp. 2-4. La traducción es nuestra.

cundaria. Muchos de los nuevos profesores entraron a formar parte de sociedades anglo-españolas y, pocos años después, empezaron a reunirse en asociaciones gremiales para promocionar los estudios hispánicos y realizar reivindicaciones colectivas. No partían de cero. La creación de revistas especializadas, la aparición de departamentos universitarios y la fundación de instituciones culturales habían fijado el espacio académico necesario para el desarrollo del hispanismo en las Islas Británicas.

## **Conclusiones**

A lo largo de estas páginas hemos defendido que a finales del siglo XIX y principios del XX se produjo el nacimiento de una comunidad de hispanistas en Gran Bretaña. El erudito decimonónico aficionado a los estudios hispánicos pasó a ocupar un espacio profesional dedicado a la enseñanza de la lengua y la cultura españolas. Esta metamorfosis fue posible gracias a la creación de departamentos universitarios, asociaciones, revistas especializadas, etc.

Este proceso de profesionalización fue alentado por la introducción de los estudios filológicos en las universidades británicas, lo cual ha llevado a muchos a confundir al hispanista con un lingüista. Nada más lejos de la realidad. Las disciplinas que profesaron fueron desde la historia (Martin Hume, Frederick A. Kirkpatrick, etc.) hasta la musicología (John Brande Trend). Todavía más, al abordar el estudio de algún aspecto de la cultura en español, la mayoría de estos autores aspiraban a explicar la esencia del mundo hispano. A través de un trabajo especializado trataban de describir esos pueblos al lector angloparlante.

Asimismo, hemos defendido que el origen del hispanismo en Gran Bretaña no se entiende sin la activa participación de españoles e hispanoamericanos en este proceso de metamorfosis, tales como Antonio Alcalá Galiano, Lorenzo Lucena, Fernando de Arteaga o Baldomero Sanín. Estos exiliados e inmigrantes ocuparon las plazas que fueron creadas en las universidades del Reino Unido para enseñar castellano. Desde estos puestos difundieron la cultura de su país y crearon un grupo de discípulos. De hecho, los primeros hispanistas británicos siguieron la estela de estos pioneros y formaron con ellos una misma comunidad. Por eso, en este trabajo he-

mos desechado el lugar de nacimiento como un elemento distintivo de estos profesionales.

En definitiva, este texto es un pretexto para reflexionar sobre el origen profesional del hispanismo en Gran Bretaña, partiendo de una definición más justa y realista del término hispanista. De esta forma, hemos querido contribuir al análisis crítico del pasado de este gremio.